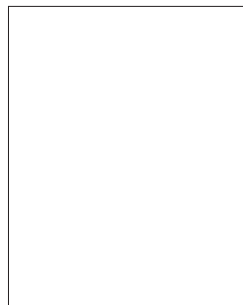


NECROLÓGICAS

MARÍA DEL VILLAR MATEO DE ARENAZA

(/ 11.12.2010)



El 11 de diciembre del pasado año 2010 fallecía en A Coruña a la edad de 91 años la pintora y académica de Bellas Artes María del Villar Mateo de Arenaza, tras una prolongada vida dedicada al arte. Desde muy joven sintió la vocación pictórica y ello hizo que acudiera a varios maestros para su formación artística, como los pintores Vivas y Julio Moisés a cuyos talleres acudió Mateo de Arenaza tanto en A Coruña como en Madrid.

Desde el año 1973 en que entró a formar parte de la corporación su vida académica fue muy activa y a la Real Academia Gallega de Bellas Artes dedicó todo su afán. Formó parte de varias directivas y culminó su vinculación al acceder a la presidencia en funciones de la Academia tras el repentino fallecimiento del que era titular Julio Fernández Argüelles. Ocupó dicho cargo entre el 25 de abril del 2002 y el 25 del mismo mes del año siguiente 2003. En este periodo presidió el solemne acto de homenaje a Carmela Arias y Díaz de Rábago, condesa de Fenosa, celebrado en el auditorio de la Fundación “Pedro Barrié de la Maza” con ocasión de entregarle el título de Académica de Honor de la Real Academia.

Mateo de Arenaza formó parte en ocasiones del jurado del Salón de Otoño, patrocinado por la Diputación coruñesa, así como de otros en diversas exposiciones de arte y pintura en Galicia. Paisajes, retratos, flores fueron algunos de los motivos principales de su pintura. Podemos destacar su obra “Cabeza de niña”, donada a la Academia el día de su ingreso como numeraria en la misma. Cuadros suyos figuran en museos y galerías de arte en Galicia y Madrid.

Persona de una gran bondad y generosidad acudió siempre con la aportación de sus trabajos a muestras de carácter benéfico y social, así como contribuyó al mejor conocimiento del arte en su ciudad coruñesa. Para premiar esta dedicación recibió en su día el título de Socio de Honra de la Asociación Pablo Ruiz Picasso de A Coruña. A.Padín

RAMÓN OTERO TÚÑEZ

(/ 09.02.2010)



El nueve de febrero de 2010 falleció en Santiago de Compostela el profesor doctor don Ramón Otero Túñez, Académico de número de la sección de escultura que había ingresado en 1985 con el discurso: “Rastreando los orígenes de mi Universidad”, título que condensa una vida dedicada a la universidad, a la docencia y a la investigación, preferentemente, en la Universidad de Santiago, en cuya Facultad de Filosofía y Letras, sección de Historia, se licenció en 1946 obteniendo el Premio Nacional Fin de Carrera al mejor expediente académico. Ese mismo año inicia su labor investigadora y docente en la universidad compostelana. Su tesis doctoral, defendida en 1950 en la Universidad Central, hoy Complutense, única que entonces otorgaba el título de doctor, la dirigió el profesor Sánchez Cantón y estuvo dedicada a: “*La imaginería en Santiago de Compostela*”, con ella obtuvo el premio extraordinario de doctorado. La elaboración de la tesis inició una profunda relación con el profesor Sánchez Cantón al que siempre llamó, con enorme respeto, “don Javier”, con él completó su formación y en 1963 ganó, por oposición, la cátedra de Historia del Arte de la Universidad de Murcia. Al año siguiente se trasladó a la de Santiago en la que desarrolló una fecunda actividad docente e investigadora hasta su jubilación en 1990.

La gestión desarrollada desde el decanato de la Facultad de Filosofía y Letras por el profesor Otero Túñez fue de enorme trascendencia para ella y también para la Universidad de Santiago, ya que multiplicó las secciones que se podían cursar, lo que llevó, en 1975, a su división en tres nuevas facultades: Filosofía, Filología y Geografía e Historia. Esta última es una macro facultad que engloba las titulaciones de geografía, historia e historia del arte, cada una con sus respectivas especialidades. Este desarrollo de las Humanidades en la Universidad de Santiago llevó parejo un espectacular aumento en su profesorado, organizado en diversos departamentos que se ocupaban de la docencia e investigación en sus áreas respectivas. Todo estaba, pues, perfectamente articulado para que su funcionamiento alcanzara altas cotas de calidad

Al tiempo que el profesor Otero conducía esa transformación organizó y dirigió desde 1967 hasta 1986 un pujante Departamento de Historia del Arte en el que se formaron un importante número de historiadores del arte que, desde el último cuarto del siglo XX, desempeñan su labor en las Universidades de Galicia así como en otras. Basta con repasar la nómina de tesis doctorales dirigidas por el profesor Otero Túñez, “don Ramón” para cuantos pasaron por las aulas de la facultad en aquellos años, para darse cuenta de su ingente labor de formación.

El número de las tesinas, que añadían a la licenciatura el “grado”, es mucho mayor. En éstas, pero sobre todo en aquéllas se pusieron los cimientos de la investigación científica en el área de la historia del arte de Galicia en sus manifestaciones a lo largo de la historia. De esa “cantera” salieron muchos de los catedráticos y titulares que hoy dirigen y coordinan las nuevas búsquedas histórico-artísticas en Galicia.

La docencia impartida en sus clases magistrales, así como la dirección de los trabajos de alumnos y discípulos convierten al profesor Otero Túniz en un abnegado catedrático universitario que solía rehuir los oropeles del reconocimiento social. La consciente búsqueda de la paz interior y de su entorno le permitió disponer de tiempo para importantes investigaciones personales o en equipo que merecieron distinciones codiciadas por muchos. Su faceta investigadora presenta dos vectores: la escultura y el arte compostelano. La elaboración de su tesis doctoral le puso en contacto con el mundo escultórico, por el que tuvo gran interés durante toda su vida y que alcanzó relevancia en el campo de la escultura barroca, con aportaciones destacadas en el conocimiento de figuras como Gregorio Fernández, Gambino, Ferreiro y, sobre todo, Francisco Asorey, con el que le unió una profunda y sincera amistad.

Su interés por la escultura se fundamentaba no sólo en una casuística cercana y concreta, sino que buscaba sus raíces en el estudio y conocimiento de la del barroco italiano y español que, en parte, aparece en publicaciones como: “*Arte barroco italiano*”, “*Historia del Arte Hispánico: el barroco y el rococó*”, entre otras. Sin embargo, a quien más tiempo y publicaciones dedicó fue a su amigo Asorey. Igualmente, propició la recuperación de esculturas barrocas de especial valor a las que el tiempo y la devoción popular habían originado graves quebrantos. Valga de ejemplo la modélica restauración del Cristo de Conxo, espléndida obra de Gregorio Fernández, a la que un equipo de estudiosos y escultores devolvió su grandeza inicial, tarea en la que tuvo especial protagonismo el escultor Castor Lata, compañero en la Real Academia Gallega de Bellas Artes, fallecido un año antes que el profesor Otero.

La segunda línea de las investigaciones del doctor Otero Túniz fue el estudio del arte compostelano, con dos tendencias fundamentales: la que, en cierto modo, complementa la anterior, es decir, la dedicada al barroco compostelano, con importantes aportaciones en cuestiones relativas a la reforma barroca de la catedral, entre otros títulos cabe recordar: “*Unos planos inéditos del archivo de la catedral de Santiago*”, 1951; “*Las primeras columnas salomónicas de España*”, 1955; “*Miguel de Romay, retablista*”, 1958; “*Algunas noticias sobre Francisco Pecul*”, 1963. La segunda, le llevó a ahondar en el conocimiento de la construcción de la catedral románica y, en especial, en la actividad del maestro Mateo y su taller, en cuya investigación fue pionero en muchos aspectos. Especial relevancia tiene su ponencia en el Congreso de Estudios Jacobeos celebrado en el

Año Santo de 1965: “*Problemas de la catedral románica de Santiago*”, en el que con certera visión marcó líneas seguras para investigaciones posteriores propias o en colaboración con otros historiadores. Sin duda el ejemplo más representativo es la ardua investigación realizada sobre el antiguo coro pétreo de la catedral de Santiago que, en colaboración con el profesor Yzquierdo Perrín, inició en los años 80 del siglo XX, cristalizó en la reconstrucción de tres sitials, exhibidos en Gante en una de las exposiciones de Europalia 85; en 1990 dio lugar a la publicación del libro “*El coro del maestro Mateo*” y, en 1999, a la reconstrucción en una sala del Museo de la Catedral de buena parte de la sillería alta del singular coro mateano.

Mundo contemporáneo y medieval, a pesar de su aparente antagonismo, no son más que dos momentos históricos que pueden, a veces, estar próximos y, obviamente, no me refiero a una concepción romántica de la Historia. Esta convergencia la percibió el doctor Otero en la obra de Francisco Asorey, quien en algunas de sus obras más destacadas se inspira y hasta reinterpreta viejas páginas de la historia del arte de Galicia. Su artículo: “*El arte románico y el escultor Asorey*” es buena muestra.

Esta variopinta dedicación a una eficaz gestión universitaria, a una docencia clara y comprensible que despertaba interés en sus alumnos, y a la investigación propia y de tutela de quienes se iniciaban en ella la llevó a cabo el profesor Otero con sencillez, sin aspavientos, sin levantar nunca la voz. Su envidiable autodisciplina le llevó a admitir con generosidad, resignación y paciencia, siempre con buena cara y una palabra amable para todos, situaciones personales difíciles y dolorosas tanto en su intimidad familiar, a la que dedicó su vida privada; como en el ámbito universitario, del que se alejó en sus últimos años, aunque sin renunciar a la investigación que, en parte, vio la luz en la revista “*Abrente*”: “*El V centenario y el retablo mayor de la iglesia compostelana de san Fructuoso*”, en 1992; “*Del barroco al rococó: retablos e imágenes de la iglesia compostelana de las Huérfanas*”, en 1994; “*Sugerencias sobre la fachada exterior del Pórtico de la Gloria*”, 1999; o “*El retablo del Salvador de la catedral de Santiago*”, en 2002, son algunos de sus últimos trabajos. Su integración en la Real Academia Gallega de Bellas Artes le llevó a pedir que en la lápida que conmemora su participación en la reconstrucción del coro mateano figurara tan sólo su titulación de doctor y su condición de académico. Descanse en paz el querido compañero y maestro.